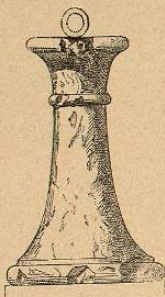


Apéndice E

EL LUGAR DE LA FLAGELACIÓN.

La capilla actual de la Flagelación no tiene más antigua fecha que la del año 1839, en que fué reconstruida «sobre sus antiguas ruinas», asegura el Hermano Liévin¹, el cual nos permitirá que rectificaremos su dicho con los miramientos debidos á su vasta erudición y á nuestra buena amistad.

Cuando el hijo de Mehemet-Alí, el brillante Ibraím Pachá,



Columna de la Flagelación.

que parecía entonces destinado á levantar el imperio de los Califas del Cairo, devolvió á los Franciscanos² el terreno que en lo antiguo ocupaba el Santuario de la Flagelación, las ruinas cubrían un espacio mucho más considerable que el de la iglesia moderna. Entre este edificio y las construcciones que levantó para las Damas de Sión, se ven todavía los restos de una pequeña basílica, orientada según el uso de Levante á Poniente³, y que debiera haberse reconstruido para volver al camino de los recuerdos verdaderos. A nuestro humilde juicio, allí es donde se

¹ *Guide*, lib. I, p. 136.—Maximiliano de Baviera dió el dinero necesario para adquirir los terrenos adyacentes, y reconstruir el edificio (TOBLER: *Topographie*, t. I, p. 349).

² En 1838.

³ QUARESMIUS (t. II, p. 197), dice que era hermosa, aunque pequeña, como aún puede verse, y que estaba bien conservada en su tiempo.

debiera colocar el *HIC* grabado en el altar de la nueva iglesia á despecho de la verosimilitud histórica.

El suelo de la antigua basílica muestra muy claramente los vestigios del doble pavimento del atrio de la Antonia: el pavimento blanco que pasaba debajo del arco del *Ecce Homo* y se prolongaba hasta el fondo del patio, es decir, hasta el pie de la *Escala Santa*, y el pavimento de losas rojas, conocido bajo el nombre de *Lithostrotos*, que bordaba la senda blanca á derecha é izquierda. Si el lector quiere referirse á la descripción que hicimos de la Antonia y seguirla con un buen plano de Jerusalén, verá sin trabajo que esta parte está comprendida en el perímetro del *Atrium* y corresponde exactamente al lugar que hemos asignado á la Flagelación.

Mas á poco que se fije uno, echará de ver que el lugar de la iglesia actual se perdía, á lo menos parte de él, en el macizo mismo de la Antonia, lo cual no permite ya ver allí el lugar del suplicio, es decir, un lugar á cielo raso, como debía serlo aquél.

En la basílica arruinada se observan restos preciosos de la antigüedad: algunas gradas de mármol, un pedestal de carácter evidentemente judaico. Algunos de los que han visitado estos sitios han querido ver en esas gradas los restos de la escalera que conducía á la galería, sostenida por las columnas, á las cuales habría pertenecido este pedestal, que es de la misma naturaleza, del mismo estilo que los dos grandes zócalos, conservados en las Damas de Sión: ahora bien, cuanto á estos dos monolitos, los rabinos no vacilan, y unánimemente reconocen en ellos monumentos contemporáneos de los Herodes. Declaramos con razón, que el pedestal de que tratamos es de la misma fecha y debió de pertenecer á la galería con que Herodes el Grande había rodeado su palacio.

No podríamos decir otro tanto de los restos de escalera, por más que su posición y caracteres parece que militan en pro de la misma conclusión. La cuestión está *sub iudice*: otros más afortunados, porque serán más competentes, resolverán este problema. Bastanos haber llamado sobre este punto la atención de los arqueólogos.

Según lo expuesto hasta aquí, se puede afirmar que la capilla actual, bien puede estar *en parte* sobre el lugar de la Flagelación, pero en muy pequeña parte, lo cual debería entenderse de la fachada occidental, y aun en el sentido de que confinaria con el sitio tradicional.

Esto pide una explicación.

Los Franciscanos poseen este terreno desde el siglo XIII ó XIV, lo recibieron como entonces estaba, es decir, con la basílica restaurada y sus dependencias. En 1618, Mustaphá-Bey, hijo del Bajá de Jerusalén, se les quitó para hacer una cuadra, por lo cual, se

dice, que recibió terrible castigo. Aterrado por él, el profanador abandonó aquel terreno, pero no lo devolvió á sus legítimos poseedores. La iglesia se hundió y las otras fábricas corrieron sin duda la misma suerte. Como sucede por todas partes, bajo el dominio de los Turcos, á Mustaphá le sucedieron otros invasores, y cuando Ibraim devolvió estas ruinas á los Franciscanos, no se les pudo devolver íntegramente la mejor parte, la que conservaba el recuerdo de la Flagelación quedó en manos extrañas. Tuvo, pues, que reconstruirse el oratorio lo *más cerca posible* del antiguo santuario, para estar en cuanto las circunstancias lo permitían en el sitio que se deseaba venerar¹.

Todo esto es muy natural y muy sincero: el *HIC* estaba entonces justificado, aunque no se aplicaba inmediatamente á su lugar. Pero cuando los Franciscanos llegaron á recobrar toda su herencia, ¿por qué no reedificaron la antigua basílica y en ella restauraron la devoción á Jesús azotado?

A esto puede responderse que los peregrinos pueden siempre rendir sus homenajes al lugar que les parezca preferible, supuesto que la puerta occidental de la capilla se abre sobre la cerca de las ruinas. Puede añadirse la dificultad de reconstruir esta iglesia bajo el régimen arbitrario á que están sometidos los cristianos en Palestina. ¡Ay! No faltan razones para explicar la aparente inercia de los latinos en muchas circunstancias en que se les quisiera ver obrando; es más fácil censurarlos que ayudarles, y en esto convendría más que emplearan los recursos de su talento y su dinero.

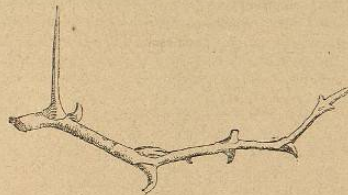
Apéndice F

LAS FLORES DE LA CORONA DE ESPINAS.

El capellán del Barón de Anglare cuenta que veneró el día de Viernes Santo del año 1396, en la iglesia de San Juan, en Rodas, «una espina de la digna corona con que Nuestro Señor Jesucristo fué coronado en su Pasión», y añade: «Sabed que allí vimos nosotros claramente un hermoso milagro, pues á eso del medio día, después de los Oficios, vimos esa digna espina, toda florida con florecitas blancas. Y nos juraron y certificaron gentes dignas de fe, que habían visto antes esta espina en otro día, la cual no

¹ En consecuencia, M. de Vogüé (*Les Églises de Terre Sainte*, p. 300), nos parece que se equivoca cuando toma los restos de fisonomía romana, visible aún en el nuevo edificio por vestigios de la antigua basílica; pertenecen al convento á hospicio contiguo.

estaba florida, sino negra, y nos afirmaron los señores Hermanos (los caballeros) que florecía así todos los años el día del gran Viernes.»



La espina.

(Véase el *Saint Voyage de Jherusalem*, pág. 207, edición de París, 1838, imprenta de Pouget-Coulan.)

Apéndice G

LA SANTA LANZA.

La lanza que traspasó el costado del Señor se conserva en la iglesia de San Pedro en Roma. Le falta la punta que antiguamente formaba parte del tesoro de la Santa Capilla, en París, y desapareció durante la tormenta revolucionaria, sin que haya sido posible seguirle la pista.

Al contrario de lo que ha sucedido con otras reliquias de la Pasión, la lanza no parece que haya sido reclamada por varias iglesias. Sin embargo, en la capilla de los Dominicos de Smirna se venera una *Santa Lanza*, cuya historia no carece de interés.

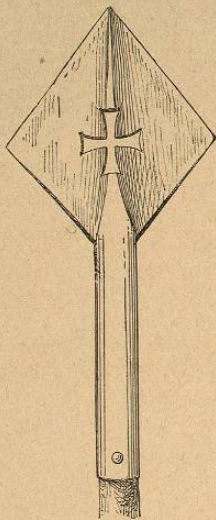
En el siglo xvii Tavernier la vió en Erivan¹, durante su viaje á París, y Dom Calmet ha dado un dibujo muy exacto de ella en su *Diccionario de la Biblia*. Cuando los armenios católicos fueron expulsados por Thamas-Kouli-Khan², se llevaron esta reliquia, venerada entre ellos desde tiempo inmemorial³, y la dejaron en Smirna (donde se establecieron) en manos de los frailes Predicadores que les habían acompañado en su destierro.

¹ *Voyage en Perse*, lib. i., p. 41.

² Decian que se les había llevado San Mateo (CALMET, v. *Lancee*).

³ Ó en Nadir-Schah. (1688-1747.)

El hierro de esta lanza que nosotros hemos mirado bien muchas veces, presenta la forma de un romboide con ángulos rectos. Está labrado de parte á parte con una cruz de radios, y no recuerda las armas de que se servían los soldados romanos, ni por la forma ni por la composición. Acaso contenga en estado de alea-



La Santa Lanza (Smirna).

ción algunas partículas de la verdadera *asta*. No hemos podido encontrar documento alguno escrito en apoyo de las tradiciones que hemos recogido. He aquí lo que nos parece probable.

El soldado Longinos fué martirizado en Cesárea de Capadocia¹ adonde sin duda había llevado consigo el hierro con que había abierto el costado del Divino Maestro. La preciosa reliquia debió de ser objeto de culto entre los cristianos de la provincia, y

¹ Los griegos dicen que en Andrales cerca de Thyanes en Capadocia.

de allí pasaría fácilmente á la Armenia que estaba limítrofe¹. Esto es muy natural y perfectamente conforme al espíritu de los primeros cristianos.

La tenacidad de que los Armenios han dado prueba siempre resistiendo á los perseguidores, es una garantía de su fidelidad al culto tradicional de la Santa Lanza. Nada impide creer que de ella se tomaran algunas partículas para incorporarlas á otras representaciones más ó menos exactas del arma de Longinos, como ha sucedido con los clavos de la crucifixión. Parecería poco verosímil que se hubieran contentado con el simple contacto, aunque se encuentran ejemplos en la antigüedad cristiana.

De todos modos la *Santa Lanza* está en gran veneración entre los católicos de Smirna latinos y griegos, lo mismo que entre los Armenios. Ha obrado prodigios, según se dice, y los enfermos se la hacen llevar con la esperanza, muchas veces recompensada, de verse libres de sus enfermedades. Nosotros hemos comprobado personalmente la devoción de los fieles y las gracias que les ocasiona.

M. Rohault de Fleuri muestra sentimiento de no haber visto la lanza que se conserva en San Pedro, ni haber encontrado en parte alguna un dibujo auténtico de la misma, por más empeño que puso por lograr esta doble satisfacción². Lo mismo podemos decir nosotros: todos los pasos intentados en Roma para lograr ver la preciosa reliquia han sido inútiles, y nadie ha podido procurarnos una imagen autorizada. Comprendemos las precauciones con que ha de guardarse tal tesoro, ¿pero no sería lícito sentir que se lleven á este extremo? ¿No podría sacarse una fotografía, si no se quiere hacer con ella lo que se ha hecho con los clavos?

Apéndice H.

LA PIEDRA DE LA UNCIÓN.

La Piedra de la Uñción es la roca en que, según la tradición, descansó el cuerpo de Nuestro Señor durante su embalsamamiento. Presenta una superficie « bastante compacta y poco saliente de sobre el suelo del Gólgota, al que pertenece³. Es una

¹ La *Uñción* que dice haber sido hallada la santa Lanza en Jerusalén por Santa Elena se supone que había sido llevada allí desde los primeros tiempos del cristianismo. — Cf. ANGE DE CRÈVE, ap. GREZET, *ibid.* t. c. xxvi. — Arcullo la vió bajo el vestíbulo del Santo Sepulcro; en el siglo xi estaba en Antioquia.

² *Les Instruments de la Passion*, p. 124, 125. Acaso la Lanza que tiene el Papa Inocencio VIII sobre su sepulcro, será un facsímil de la reliquia.

³ LITARD: *Tableaux évangéliques*, t. II, p. 47.

especie de paralelogramo de 2 metros 70 centímetros de largo por 1,30 de ancho, y en la actualidad está cubierta con una losa de mármol rojo, que ha reemplazado al mosaico de Santa Elena.

La tradición á ella concerniente no ha hallado gracia en la crítica moderna. «¿Quién pensó, se pregunta, en marcar este sitio? ¿Quién la conservó exactamente á través de tantos siglos de ruinas? ¿Quién podrá decirnos seriamente que es ella?»

Parece que podemos retorcer el argumento, y preguntar: «¿Quién podrá decirnos seriamente que no lo es?» Los que pensaron en marcarla no es difícil nombrarlos: María, la Magdalena, Marta, Juan Evangelista, José, Nicodemo y otros. ¿Que quién conservó el recuerdo? Desde luego los primeros cristianos, cuyas peregrinaciones al Gólgota en vano quiso impedir Adriano; después sus descendientes, desde Constantino á los Cruzados; más tarde los Religiosos encargados de guardar los Santos Lugares. Según la observación de San Jerónimo las ruinas no importan nada, se hace el descombro, y la roca se muestra de nuevo. Mucho antes del siglo xi había allí un oratorio dedicado á la Santísima Virgen: «Juxta locum Calvariae, ecclesia Sanctae Mariae in loco ubi corpus Dominicum avulsam a cruce, antequam sepeliretur, fuit aromatisatum et linteo sive sudario involutum». No es, pues, la imaginación de los Cruzados quien ha creado la tradición relativa á la Piedra de la Uñción, y no vemos motivos de romper con la antigüedad. Nosotros nunca seríamos más exigentes que el protestante Gibbon, según el cual los cristianos desde el principio habían fijado con una tradición no dudosa la escena de cada paso importante de la vida del Salvador.

Según el historiador griego, Nicetas¹, el emperador Manuel se había llevado de Éfeso y colocado en su capilla particular un fragmento considerable de la Piedra de la Uñción. Reflexionando un poco se comprende fácilmente la confusión en que cayó Nicetas: tomó por la piedra misma la losa que la cubría. Á juzgar por las dimensiones que da á las reliquias, *virí magnitudine*, es probable que se transportara de Jerusalén á Éfeso la losa entera. Es un acto de devoción muy fácil de comprender, y que puede repetirse sin atacar á la tradición.

1 LE CAMUS: *Voyage*, t. 1, p. 219.

2 GUILLAUME DE TYR, VIII, 3.—SERVULF: *Relatio*, 29.—MALIG: *Les Lieux saint*, t. II, p. 330.—VOGÜÉ: *Les Églises de la Terre Sainte*.—Esta es ¹¹¹² había sido edificada por el obispo Modesto en el siglo VII.

3 *De Manuele*, lib. VII.—Habla de una piedra roja, *lapis P. deus*, que no tiene nada que ver con la roca del Calvario, sino con la losa ¹¹¹² le cubría. Esta losa, renovada muchas veces, es aún de color rojo.

Apéndice I

LA PIEDRA DEL SEPULCRO¹

Como ya lo hemos visto, era costumbre de los Judíos cerrar los sepulcros con una gruesa piedra redonda que aplicaban á la entrada² y la fijaban de modo que impidiera la violación de la sepultura.

Esta piedra, que los redactores del *Talmud* llaman *golat*, no debía tocarse desde el cuarto día de haberse colocado el cuerpo en el sepulcro, como no fuera por nueva inhumación; y la fijarla definitivamente ponía término á las acostumbradas lamentaciones de la familia junto al difunto, como lo vemos por el Antiguo Testamento y los relatos rabínicos.

Los Evangelios nos muestran á las santas mujeres procurando abrir la sepultura de Jesús dos días después de su muerte para satisfacer su piedad y desahogar su dolor, y nos cuentan á la vez las precauciones de los Judíos para impedir que los discípulos del Nazareno pudieran llegar hasta sus despojos mortales, antes de terminar el tercer día, es decir, antes de fijar el *golat* delante de la puerta funeraria.

Una ranura vaciada paralelamente á la fachada del sepulcro permitía mover libremente el *golat* á derecha ó izquierda, según conviniera, por las condiciones del terreno. El sepulcro de los Reyes nos lo hace ver rodar á la izquierda de la abertura y dispuesto para tomar otra vez el sitio que le corresponde. En San Esteban, el sepulcro contiguo al del diácono Nonno, ofrece un ejemplo de la misma disposición, con la diferencia de que el disco rodaba de izquierda á derecha y se introducía en la pared como en una corredera, de modo que si el monumento, en vez de ser subterráneo, hubiera estado en alto, la piedra de cerrar habría desaparecido tras la parte derecha de la fachada.

El *golat* estaba calzado con una cuña de la misma materia, cuya postura necesitaba, á veces, de precauciones especiales, cual se puede ver en el sepulcro de los reyes. Para efectuarla, un hombre se arrastraba por un pasadizo subterráneo, perpendicular á la primera ranura, hasta el punto preciso en que debía fijar la cuña, visible sólo para él. Ya se comprende que se tabicaba en seguida el dicho pasadizo y que se cubría la tajea con losas suficientemente pesadas que desafiaran el esfuerzo de las profanaciones: después, el mismo *golat*, desaparecía también al-

1 Los árabes le llaman *Hasdschar el-Malik*, la piedra del Ángel.

2 Ya cerrada por una pequeña puerta de piedra que giraba sobre sus goznes, aplicándose herméticamente á su cuadro, y sujeta con un cerrojo.

gunas veces bajo el revestido de estuco ó de mármol que decoraba la fachada. El muerto podía reposar tranquilo, doblemente guardado por las precauciones que se acaban de describir y por la impureza legal que se contraía aproximándose á los sepulcros¹.

La puerta del Santo Sepulcro era, según la costumbre, muy baja y muy estrecha: fué mucho tiempo después de la Resurrección y aun tal vez después de Santa Elena cuando le agrandaron la altura, aunque dejándola muy inferior á la de un hombre de poca estatura². Sin embargo, el Evangelio nos dice que la piedra volteada por Joseph era muy grande³; lo cual supone una desproporción poco ordinaria entre la puerta y el cerramiento.

Ahora bien: ateniéndose á la tradición de los armenios, esta desproporción se comprueba aun en nuestros días. Con efecto, en la iglesia edificada en el monte Sión, en el sitio de la casa de Caiphás, se enseña un altar cuya mesa está formada de una gran piedra redonda, rota en varios pedazos, que se han juntado con cemento. Castela⁴ le asigna la medida de ocho pies de larga y cuatro de ancha con uno y medio de espesor. Contando con los fragmentos que se le han quitado y que se encuentran por doquiera⁵, tendría que darse á este disco un diámetro como de dos metros sesenta centímetros; de modo que habría tenido más de doble altura que la puerta que cerraba, en conformidad al texto de San Marcos. ¿A qué fin esta desproporción? Las dimensiones del *golal* parecen indicar el cuidado de cerrar más sólidamente el sepulcro; pero el motivo de esta preocupación nos es desconocido, y sin duda nos lo será siempre.

Como quiera que sea, esta gran piedra se veía en la iglesia de la Resurrección en tiempo de San Cirilo, que habla de ella en su Catechesis décimo tercero. El mártir Antonino la vió entera, según parece⁶; pero cuando el viaje de Arculfo, ó sea hacia el año 690 ya estaba mutilada: la parte más considerable formaba la mesa de un altar situado en la parte oriental de la basílica⁷. Los karesmios rompieron este altar cuando profanaron el Santo Sepulcro en 1244. Los fragmentos fueron transportados en 1310⁸ al convento de los armenios, cuya conducta en esta circunstan-

1 Talmud de Jerusalem: *Maasar Schemi*, fol. 55.

2 Tiene apenas tres pies y medio de altura. En tiempo de Rochetta (1699), era mucho más baja.

3 MARC. XVI, 4: "Erat quippe magnis valde."

4 *Le Saint Voyage de Jérusalem*, p. 128.—Cf. FABRI: *Evagatorium*.

5 Mislin menciona un fragmento que Riu de Lohac envió á Bretaña hacia el año 1099 (t. II, Notes, p. 787).

6 ANTONINO: *De Locis sanctis*.—La piedra estaba entonces entera, aunque rota en dos pedruzcos.

7 ARCUFHO: *De Locis Terræ sanctæ*.

8 MARINO SANTO: *Lib. secret. super Terr. Sanctam*.

cia no parece irrefutable. Los cismáticos tenían en esta época la conciencia ancha relativamente á violar el derecho de los latinos. Por fortuna éstos tienen la facultad de celebrar el Santo Sacrificio en la Iglesia de sus despojadores una vez al año, el lunes de Pentecostés, lo cual es una compensación.

Para complemento debemos añadir que la piedra de los armenios es «una calcárea roja como se encuentra en abundancia por el país aquel»¹. Con más exactitud se diría que es de color blanco con venas rojas y dorada por la acción del tiempo. Su grano es muy fino y su consistencia notable: esta calcárea se emplea para las construcciones y resiste admirablemente á la acción de los años. Era ciertamente materia á propósito para el destino que se le atribuye.

En el vestíbulo del Santo Sepulcro, llamado vulgarmente *la capilla del Ángel*, se ve sobre un pedestal un fragmento de piedra cuyo cuadro lo forma una orla de mármol blanco; y es, según dicen, uno de los fragmentos del *golal*, el que San Arculpho vió en el sepulcro cuando su peregrinación. Pero esta opinión nos parece menos aceptable que la del Castela² (ó más bien de los Franciscanos del siglo XVI) según los cuales esta piedra sería la cuña de que hemos hablado arriba. Antiguamente tenía pie y medio en cuadro; parece al presente algo más pequeña, tal vez por tantos accidentes de toda clase que ha sufrido la capilla que la guarda. Según la tradición recogida por Castela, en ella estaba sentado el ángel de la resurrección; esta explicación no la hemos encontrado en ninguna otra parte³, y la damos aquí como un simple documento que el lector estimará según crea conveniente.

Las dimensiones de la piedra de los Armenios y las de la cuña de Castela son las mismas; pie y medio de espesor; y nos dan también el ancho de la ranura por donde rodaba el *golal* y probablemente del hueco que la ocultaba cuando la puerta estaba abierta. Con esto tendríamos la medida relativa de la puerta de roca que Santa Elena hizo quitar delante del Santo Sepulcro. Si nuestras conjeturas son exactas, entonces deberíamos creer en la existencia de una de estas fachadas que se encuentran tan frecuentemente en Pella⁴. Al separarse violentamente pudo muy bien la piedra descomponer su caja, que además el terremoto tal vez no le dejaría intacta; de suerte que la emperatriz tendría sólo pedazos que llevarse. Ni en el relato evangélico, ni en los

1 CAUVET et ISAMBERT: *Palestine*, p. 324.

2 LÉVY: *Guide*, t. I, p. 224.

3 *Le Saint Voyage de Jérusalem*, p. 258.

4 Antonino el Mártir bien parece que dice lo mismo, pero sus palabras son oscuras y se prestan á equivocaciones. Habla quizá del mismo *golal* y no de la cuña.

5 V como parece suponerla M. de Vogue en la viñeta de la pág. 125 de su obra sobre las *Églises de la Terre Sainte*.

escritos de Ensebio, ni en los sermones de San Cirilo hay nada que se oponga á esta explicación: pero entiéndase que nosotros la ofrecemos con todos las reservas para que la juzgue el lector¹.

Apéndice J.

SANTA ELENA Y LAS RELIQUIAS DE LA PASIÓN.

El celo que manifestó Santa Elena respecto de los lugares tés-tigos de la Pasión del Salvador y de los recuerdos que á ellos se relacionan, no siempre les ha parecido inteligente y discreto á



El velo de la Verónica (San Pedro de Roma).

los escritores de nuestra época. En los tiempos pasados no se juzgaba tan severamente á la santa emperatriz, porque se cuidaba bastante menos de lo que se llama *color local*: la piedad hasta se habría acusado de no deformar el aspecto de los Santos Lugares adornándolos á troche y moche, así como se tenía por muy feliz y discreta transportando los objetos de su veneración muy lejos de su natural asiento.

Así la Palestina fué despojada de la mayor parte de sus tesoros, como la columna de la flagelación, la corona de espinas, los clavos de la crucifixión, la cruz, la lanza, el velo de la Verónica,

¹ La miniatura de que hablamos más adelante (apéndice J), justifica plenamente esta hipótesis.

que al presente están en Roma, París, Tréveris, un poco en todas partes en vez de guardarse junto al Calvario. Asimismo la roca del Gólgota y la gruta del sepulcro fueron modificados de tal suerte, según se dice, que ya no se conoce su forma primitiva, con gran sentimiento de los que buscan las huellas del Salvador en el lugar mismo de su muerte.

En estos reproches hay algo que es verdad, algo exagerado y algo falso. Veamos cómo podemos poner en orden esta confusión, lo cual no es imposible con un poco de atención y de sinceridad.

Conviene observar ante todo que algunos monumentos de la Pasión eran propiedad particular de tal ó cual discípulo, como el velo de la Verónica, que con razón se lo llevaría ella: estos objetos debían ser demasiado preciosos para sus dueños para que no les sigueran en sus mudanzas. La lanza de Longinos debió así de salir de la Tierra Santa mucho tiempo antes de que interviniera en ella Santa Elena¹; y lo mismo pasaría con otros varios recuerdos² que vemos diseminados por el mundo, sin que sepamos en qué época ni por qué camino vinieron á parar donde se encuentran.

Otra observación. Santa Elena, por un sentimiento de alta conveniencia, había donado á la Iglesia de Roma una parte de la verdadera Cruz, pero dejando en Jerusalén la porción más considerable. La Cruz, pues, quedó realmente en el Calvario, y no podemos menos de reconocer en esto el tacto de la santa emperatriz.



Clavo de la Crucifixión (Santa Cruz de Jerusalén, en Roma).

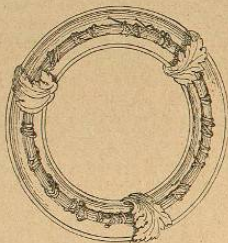
¿Le reprocharemos el haberse llevado los clavos? En realidad, nada puede suponerse que se lo prohibiera, y se comprende sin trabajo el uso que hizo de ellos³. Poner la corona y la vida del Emperador bajo tal protección, era lo más natural para el corazón de una madre y de una soberana: reservarse el culto de tan preciosa reliquia, cuadraba muy bien al corazón de la cristiana que había encontrado la Cruz de su Dios y la devolvía el

¹ Es observación que hace Andrés de Creta (ap. GRETZAR, *De Sancta Cruce*, lib. 1, cap. xxvi).

² Como la esponja, la caña, etc.

³ Puso una en la corona de Constantino y otra en el bocado de su caballo de batalla. Guardándose los demás para sí misma.

honor debido. No hay que exigir demasiado á los hombres, ni aun á los más desinteresados y generosos: Elena tenía derecho á la recompensa que compartía con su hijo.



Circulo de junco de la Santa Corona (Nuestra Señora de París).

Si la corona de espinas está en el siglo XIII en poder de los Emperadores de Bizancio, no hay prueba alguna de que esto fuera por voluntad de Constantino ó de su madre: la historia del título de la Cruz es igualmente obscura, y nada permite hasta el presente decir cómo vino de Jerusalén á Roma. Conviene, pues, guardar mucha reserva en este asunto y no tachar ligera é indiscretamente los actos de la piadosa Emperatriz.



Título de la Cruz (Santa Cruz de Roma).

Mas, ¿qué pensar acerca de las modificaciones conque maltrató, dicen, al Calvario y al Santo Sepulcro hasta el punto de dejarlos desconocidos?

Si pudiera demostrarse que ella encontró estos Santos Lugares muy diferentes de como hoy están, muy difícil sería justificar

su celo¹. Mas eso está por probar, ó, por mejor decir, es imposible probarlo; antes al contrario, todo hace creer que no hizo ninguna modificación importante en el aspecto del lugar sagrado de la Pasión.

Lo hemos dicho en otra parte: el Santo Sepulcro nos parece que al principio tuvo la apariencia de un dado de piedra separado de la roca por una escavación que lo aislaba por todos sus lados, á la manera del sepulcro de Zacarías². El trabajo de despejarlo, ordenado por la Emperatriz, había, pues, ensanchado el rebajo y sustituido una *área* espaciosa al pasadizo que antes rodeaba al monolito: nada más, y de este modo no se habría tocado al Sepulcro mismo contra lo que ordinariamente se cree.

Verdad es que más tarde Santa Elena hizo desaparecer el vestíbulo³ y descantillar las esquinas, para dar al pequeño monumento la apariencia de una rotonda ó de un polígono que revistió de mármoles preciosos⁴. Mal hecho: nadie lo negará; pero mucho peor habría sido haber despegado de la roca la gruta sepulcral para convertirla en el nicho de todos conocido. Este arreglo tiene circunstancias atenuantes, pues no tocó á lo interior del Sepulcro, cuyas paredes recibieron mucho más tarde su revestimiento de mármol y de alabastro. Las otras modificaciones, como la construcción de un vestíbulo, la abertura hecha en la bóveda y el añadirle la Capilla de los Coptos, no tienen nada que ver con el plan de la Emperatriz: han sido los Cruzados, los Franciscanos y los griegos quien sucesivamente han discurrido estas *mejoras*⁵. Carguen ellos con la responsabilidad, y guardemos nosotros el deseo de ver algún día en su augusta desnudez la piedra en que José de Arimatea depositó el cuerpo de su Redentor.

El área constantiniana dejaba el Calvario fuera de su perimetro. Deseando encerrar en un oratorio el sitio en que se había levantado la cruz Santa, Elena hizo un terraplén por el lado de la ciudad para obtener una plataforma de extensión suficiente, y como por el otro lado la roca presentaba una vertiente, la

1. Todas estas modificaciones se le achacan á Santa Elena, quizá sin motivo, pues la historia no prueba absolutamente que ella tomara parte en la construcción de la basílica del Santo Sepulcro.

2. Una miniatura de un manuscrito del siglo IX (*Biblioth. nationale*, fonds grec, n.º 540) representa á Santa Elena llevando en su mano derecha el Santo Sepulcro en su forma primitiva, un monolito terminado por una pirámide, todo ya muy gastado.

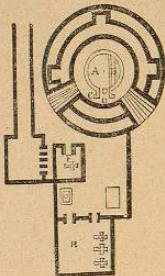
3. Si el vestíbulo no era otra cosa que un cerramiento de piedra que comprendía la corredera en que rodaba la piedra del Ángel, debió de ser dislocado en el momento de la Resurrección, lo cual explicaría el pensamiento de arrasarlo todo.

4. Véase el plano de Arculf, apéndice A.

5. La abertura de la bóveda no es probablemente obra de uno que quisiera embellecerla. La tradición atribuye á Cosroas la destrucción de la pirámide que había encima del Sepulcro, y, por consiguiente, el derribo de la bóveda de piedra.

regularizó dándole la forma de un muro revestido de piedras preciosas: de suerte que el Calvario vino á ser el basamento cuadrado de una iglesia establecida sobre la cavidad en que se había plantado la cruz y sobre la hendidura que se abrió por el terremoto¹.

En cuanto á la roca misma del Gólgota nada prueba que se arrasara su cima por obtener el nivel necesario para la construcción del oratorio. Hasta resulta lo contrario de la tradición que atribuye á los griegos el corte de esta roca para quitar de ella la porción en que se encontraba el agujero de la cruz, con el fin de transportarla á Constantinopla. Profanación inútil, pues el fragmento así arrancado desapareció en un naufragio en las costas de Siria.



Plano del Santo Sepulcro según, Arculpho, en el siglo VII.

EXPLICACIÓN:—A. Tugurium rotundum.—B. Sepulcrum Domini.—C. Altaria dualia.
H. In quo loco Crux dominica reperta est.

La censura que merece la madre de Constantino sería más bien por haber sepultado bajo los terraplenes el lugar en que Cristo fué elevado en la cruz²; todavía sería menester estar seguros de que la iglesia del Calvario no tenía antiguamente planos diferentes, y no permitía venerar los dos sitios de la crucifixión y de la muerte del Salvador. La disposición actual no tiene nada común con la de los primeros tiempos, ni puede suministrar ninguna indicación importante respecto al antiguo edificio.

¹ Este oratorio, según algunos, reemplazó sencillamente á una capilla más antigua: en todo caso estaba comprendido en el recinto del *martyrium*.

² Como hicieron los Cruzados con la roca del *Kubbet-es-Sakhrad*, que cubrieron con un pavimento de mármol blanco.

Así, resumiendo estas observaciones, Santa Elena no es responsable de que anden dispersos los recuerdos de la Pasión, ó, cuando más, lo sería en cierta proporción aceptable: ella no cambió la fisonomía del Calvario y del Santo Sepulcro, de manera que los dejara desconocidos. Sin duda pudiera haberlo hecho mejor; pero puede afirmarse que los primeros cristianos habrían hecho lo que ella hizo, si hubiesen tenido libertad, y lo mismo los Cruzados, y más aún, seguramente, los arquitectos del Renacimiento, y quizá no lo hiciéramos mejor nosotros, puestos en igual caso. Nuestro deseo de ver algún día el Santo Sepulcro desnudo parece irrealizable; la prudencia mandaría aun ocultar esas piedras que la piedad quería besar, y el arte reclamaría al punto sus fueros para completar una transformación semejante á la que lamentamos.

Terminamos esta nota felicitándonos de la dispersión que se acrimina á Santa Elena y á sus imitadores. Gracias á Dios, la mayor parte de las reliquias de la Pasión se han librado así de ser destruidas. Al ver lo que ha sufrido la Palestina, se admira uno de que se haya conservado lo que allí se dejó, cuando todo tenía que perderse. Guardemos con reconocimiento los tesoros que se le quitaron á la Tierra Santa para hacerlos nuestros, y procuraremos merecer que jamás nos sean quitados á nosotros.

Apéndice K

EL MISTERIO DE LA PASIÓN EN LA EDAD MEDIA, Y EL «PASSIONSPIEL» DE OBERAMMERGAU¹.

Es natural al hombre unir la acción á la palabra para dar más expresión á los relatos en que tiene ó quiere que los demás tengan interés: por esta razón estima en los demás el arte de representar y siente extremo placer en ver como devueltos á la vida los personajes, cuyo recuerdo reproduce frecuentemente en su memoria. La ilusión que resucita á los seres amados, admirados ó temidos le es tanto más agradable cuanto más se aproxima á la realidad, y aplaude los esfuerzos con que se intenta reconstituir exactamente las fisonomías y las situaciones. Entre todos los lugares de recreo, el teatro es adonde la muchedumbre acu-

¹ Para que ningún lector se extrañe de ver recomendada en este apéndice la representación escénica de la Pasión de nuestro Redentor, sabiendo que muchos señores Obispos españoles han prohibido con justo motivo cierto drama que con este título se anuncia en muchos teatros en tiempo de Cuaresma, debemos advertir que las representaciones á que se muestra favorable el autor del apéndice nada tienen que ver con la obra prohibida en España, ni en el espíritu que informa la obra, ni en cuanto á las circunstancias con que se saca á la escena. (*Nota del traductor.*)

de con más afición y permanece con más constancia. Jóvenes y viejos, literatos é indoctos, á todos les gusta, en todos los tiempos y bajo todas las formas: este gusto nace con nosotros y se encuentra hasta en los últimos días de nuestra vida, por la razón, siempre de efecto seguro, que el teatro recuerda ó despierta sentimientos que están en el fondo mismo de nuestra alma.

El sentimiento religioso no se diferencia de los demás desde este punto de vista, y las representaciones escénicas han parecido siempre buenas para ponerlas á su servicio. Por muy arriba que subamos en la historia de la Iglesia encontramos el drama asociado á la liturgia, bajo la forma elemental de *tropos*, en que los clérigos apropiaban gestos y actitudes á los cantos y lecturas de los Oficios divinos. Poco á poco se fué ensanchando el cuadro, comentarios dialogados se unieron á los textos consagrados, y se recitaron después de los Oficios divinos y aun durante ellos, en el coro ó en la tribuna ¹. Después el verso reemplazó á la simple prosa; la representación se hizo más complicada; se instaló el teatro fuera de la Iglesia, y los actores no fueron solamente clérigos, sino seglares también, organizados al principio en hermandades.

Al tomar este desarrollo, la tradición cambia ya de carácter; pero al principio siguió bastante impregnada de fe y de piedad para merecer la aprobación de la autoridad eclesiástica, al mismo tiempo que con las más altas enseñanzas se mezclaban excentricidades lamentables. Todavía en el siglo XIII Gregorio IX se contentó con prohibir que los clérigos y los presbíteros intervinieran en las representaciones, que tampoco permitía se dieran en las iglesias; los Obispos en general favorecían al nuevo arte y se complacían en disfrutar de sus manifestaciones.

En el siglo XII, los *Misterios* se verificaban con gran aparato sobre vastos tabladros con el decorado y la tramoya conformes al gusto de la época: numerosos personajes se movían al son de instrumentos delante de la muchedumbre atenta y encantada. En el siglo siguiente Europa entera estaba apasionada de estas diversiones. Mateo París las encontraba en Inglaterra en el Monasterio de San Albano; Rolandino asistía á ellas en Padua, en el Prado del Valle; el Patriarca de Aquileya las daba en su palacio; y en la misma Roma la Hermandad del *Gonfalon* se formaba ² para asegurar la regularidad y el esplendor de las dichas representaciones.

Ciento treinta años más tarde, las *Hermandades de la Pasión*

¹ CANTO: *Hist. univers.*, t. X, p. 175 y sigs.—GODEFROY: *Poètes et prosateurs français du neuvième au seizième siècle*, p. 191.—VILLEMAIN: *Tableau de la littérature au moyen âge*.—NOEL: *Hist. abrégée de la langue et de la littérature françaises*, p. 141.

² En 1264, adelantándose más de un siglo á los *Cofrades de la Pasión*, que se fundaron en París en 1390.

se organizaban en París; y juntamente con los *Clérigos de la Basoche* que representaban *Moralidades* ¹, continuaban la tradición de los *Misterios*. El Renacimiento no debía tardar en *humanizar* y aun paganizar el teatro; sin embargo, se representaba aún en Roma en pleno siglo XVI el *drama de la Pasión* compuesto por Julián Dati, Bernardo de Mestro, Antonio Romano y Mariano Particappa.

El lector habrá echado de ver que la Pasión del Redentor entra por mucho en las representaciones religiosas de la Edad Media: para hablar con exactitud deberemos decir que era su asunto principal y lo fué hasta el fin. Antes de inspirar á los escritores de Occidente, abrió el ciclo de los *misterios* en el siglo IV, mediante la pluma de San Gregorio Nacianceno, ú otro Gregorio Obispo de Antioquía ², á quien debemos un poema dramático sobre los padecimientos de Jesucristo ³, compuesto, dice el autor, «more Euripidis», y destinado probablemente á ser recitado en público del modo que hemos dicho arriba.

A la sazón la Iglesia procuraba corregir, ya que no podía hacer más, el gusto del pueblo hacia los espectáculos, y le ofrecía el que ella juzgaba más á propósito para ayudar su enseñanza. Lo que la tentativa dió de sí, es muy difícil decirlo: no obstante, considerando la fecha de los primeros *Misterios*, que es la de las Cruzadas, parece probable que nuestros abuelos traerían estas aficiones del Oriente, donde las habían saboreado y por consiguiente las tomaron con calor.

Como quiera que fuese, el Occidente siguió el derrotero abierto por San Gregorio. El *Misterio de la Pasión* que Rolandino vió representar en *Prato della Valle*, es el mismo *Misterio* que los clérigos de Aquileya y los canónigos de *Cavidale* ponen en escena; para asegurar su perfecta ejecución, se reunen los Cofrades del *Gonfalon* en Roma, y los de la Pasión en París. Y, cosa digna de notarse, este mismo *Misterio* que abre la era de los dramas religiosos en Oriente, la cierra en Occidente.

La Iglesia favoreció de una manera muy especial la reproducción en el teatro de los dolores y humillaciones del Redentor. En Francia hasta anticipó la hora de las vísperas para que los fieles pudieran asistir á las representaciones de los Cofrades de la Pasión ⁴. Poco á poco estos entretenimientos degeneraron en groserías que fué necesario vituperar, y al cabo prohibir: pero antes de venir á parar en eso; qué días tan gloriosos para los Juan Mi-

¹ Así llamadas por los asuntos que se escogían, en los cuales dominaba una idea moral. Era fácil resaltar hacia la sátira y las bufonadas.

² Este último es del siglo VI.

³ S. GREGOR. NAZIANZ. *Opera: Christus patiens*.—Esta pieza está de apéndice al fin de los *Carmine*, en la edición de Porent-Desbarres, París, 1840. Consta de 2.600 versos.

⁴ CANTO, *op. cit.*, t. X, p. 182.